

C O N F E R E N C I A

SANTA GENOVEVA
UN TESTIMONIO DEL AMOR QUE TRANSFORMA

Monseñor Demetrio Fernández
Obispo de Tarazona

Zaragoza 3 de enero de 2006



CONTENIDO

El testimonio de la Santa	3
El testimonio de la Iglesia	4
Datos biográficos	4
El sentido del sufrimiento	5
Habla Benedicto XVI	5
El Corazón de Cristo.....	6
Testigos del amor que transforma	6
El precio de la felicidad	7
El Corazón de Cristo.....	7
Las nuevas pobrezas	8
¿Seremos capaces, hoy?	8

SANTA GENOVEVA

UN TESTIMONIO DEL AMOR QUE TRANSFORMA

Muchas gracias, Madre General, por su presentación. Saludos a todos los presentes en esta conferencia, en la conmemoración gozosa de los cincuenta años de la muerte de Santa Genoveva. No soy especialista. He aceptado venir porque realmente soy devoto de la Madre Genoveva desde hace mucho tiempo, desde que la conocí. Después sentí la emoción, como tantos fieles de la Iglesia Universal, cuando en la Plaza de Colón fue canonizada.

He conocido de cerca de las Angélicas en su casa de Toledo, donde fui muchas veces a visitar a Don Marcelo. Ya el año pasado, en esta fiesta, me insistía la Superiora de Toledo que estuviera celebrándola allí. No pude por encontrarme en vísperas de mi ordenación episcopal. Pero luego, las Angélicas que son listas, ya desde las vísperas del Pilar, me comprometieron para esta fecha. Y aquí estoy con mucho gusto.

He venido como devoto y admirador de la Santa, para ayudar, si algo vale mi testimonio, a celebrar esta fiesta. Mañana, en la fiesta litúrgica, estará presente el Señor Arzobispo. Pero los santos se conocen ya por la víspera. Y así comienzo en la víspera hablando de Santa Genoveva.

El testimonio de la Santa

Cuando me pidieron el título de esta charla, pensé que lo que más me impresiona de esta Santa es su testimonio. Sé que todos los santos son testigos de la virtud principal de la vida cristiana, que es la caridad. Pero a unos les toca ser testigos de ese amor en el claustro, en el silencio; a otros de múltiples maneras, porque en este campo místico de Cristo, que es la Iglesia, hay muchos miembros y cada uno tiene su función.

En Santa Genoveva veo como testimonio su amor que transforma. En primer lugar, a ella; en segundo lugar a nosotros. Esa transformación es la santidad a la que todos estamos llamados. El Papa Pablo VI dice en la Exhortación Apostólica «Evangelio Nuntiandi» que el hombre moderno escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan; o si escuchan a los que enseñan, es porque dan testimonio. San Pablo lo explica bien cuando invita a una vida pura y respetuosa para que, si alguno se muestra rebelde a la doctrina, sea ganado por la conducta.

Será sobre todo mediante su conducta cómo la Iglesia evangelizará al Mundo. Es decir, mediante un testimonio vivo de fidelidad a Jesucristo, de pobreza y desapego de los bienes materiales. De libertad frente a los poderes de este mundo; en una palabra, mediante un testimonio de santidad.

La Iglesia, hoy como ayer, tiene esta preciosa tarea, la de anunciar a los hombres la Buena Noticia, la que estos días de Navidad estamos celebrando, la que trajeron los ángeles del cielo: que Dios ama al hombre y tiene misericordia de él.

Dios busca al hombre, perdido desde el pecado original. Dios expresa ese amor hasta el extremo en su Hijo Jesucristo. El Hijo eterno de Dios se ha hecho hombre, se ha hecho Niño. Ha tomado carne, es decir, ha tomado lo más vil de nuestra propia existencia, y, al hacerse hombre, se ha unido de alguna manera a cada hombre, según la Gaudium et Spes nº 22. El Misterio de la Encarnación no se limita a la humanidad individual de Jesucristo: se prolonga de alguna manera en cada hombre.

El testimonio de la Iglesia

Esa Buena noticia se prolonga en la Historia de la Iglesia, que es el Misterio de Dios en su Hijo y la acción del Espíritu Santo en la Historia. Es una buena noticia que el mundo está deseando escuchar, aunque parezca lo contrario.

No se trata de decir cosas ya dichas, que las sabemos de memoria. Se trata de ser personas que vivan de verdad eso que anuncian. En Santa Genoveva tenemos una persona que atrae por su testimonio. En Zaragoza, donde murió hace 50 años, en Valencia, donde fundó las Religiosas Angélicas, sigue llamando poderosamente la atención esta mujer sin letras, sin especiales conocimientos, pero con esa sabiduría que viene de lo alto. Así resulta una mujer que ha vivido en serio la vida cristiana. Testigo de un amor que transformó su vida y transforma la vida de quien se acerca a ella. Una Santa simpática y atrayente por su humildad, por su sencillez.

Al acercarnos a Santa Genoveva no sentimos ningún complejo, ni miedo, ni inferioridad. Es una mujer tan sencilla, que está al alcance de todos nosotros.

Datos biográficos

Nació el 3 de enero de 1870, hace 136 años. Murió el 5 de enero, a los 86 años de edad. Su vida la conocemos todos. Por eso sólo me entretengo en algunos rasgos muy llamativos de cómo Dios prepara a una persona y la va conduciendo para hacerla testigo de su amor; de cómo ella secundó los pasos de Dios. De cómo nos enseña a descubrir la mano de Dios en cada momento de nuestra vida. Porque muchas veces nos suceden acontecimientos adversos o contrarios, y nos parece como que Dios no esté presente, nos haya abandonado.

Santa Genoveva, huérfana desde muy pequeña, tiene que sufrir a los 13 años la amputación de una pierna. Sus muletas serán parte esencial de su fisonomía. Son expresión de que la fuerza de Dios se manifiesta en su debilidad.

Después, de los 15 a los 24 años, está en la Casa de Misericordia, donde cuida, sobre todo, de su vida espiritual. Sus confesores, sus ejercicios de piedad, su oración son la formación que va adquiriendo. No me refiero a la formación intelectual o de títulos académicos, sino a la espiritual con los Padres Jesuitas que en aquel momento atendían a la Casa de Misericordia. De ellos fue tomando lo mejor que pudieron darle.

Más tarde, en 1911, cuando tiene 41 años de edad. Funda la Congregación de las Angélicas. Pero ya antes, durante un largo tiempo, ha buscado a los pobres. Se encuentra con aquéllas dos mujeres, Isabel y Amparo, que fueron para ella gran dificultad y purificación. Definitivamente se decide a la Fundación en Valencia, en 1911, y al año siguiente en Zaragoza, a los dos años en Madrid, y así sucesivamente

El sentido del sufrimiento

Me parece importante analizar o detenerme simplemente en el sufrimiento con el que esta mujer vivió toda su vida. Me sirve para ello un texto del Papa Benedicto XVI en la homilía de Navidad de este año. Para nuestra época, que busca librarse del sufrimiento al precio que sea, es importante ser testigos como Santa Genoveva que entran en el misterio del dolor, y entran con todo su ser y lo asimilan, lo entienden como algo que prolonga la Pasión y muerte de Cristo en la Cruz. Es una lección muy importante en Santa Genoveva, y fundamental en todo cristiano. Ante el sufrimiento, el hombre contemporáneo se escapa como puede. Normalmente escurren el hombro, porque repele a la naturaleza todo lo que sea contradicción, enfermedad, limitación, humillación.

Es admirable, sin embargo, cómo esta mujer ya de pequeña, y en su juventud y en toda su vida, verá el sufrimiento como un ingrediente esencial de la obra que Dios la confía realizar en el mundo. Por tanto, es un testigo privilegiado de cómo hay que encajar el sufrimiento: como una prolongación del sufrimiento de Cristo en la Cruz.

El cristianismo no es la religión del dolor, sino la religión que da sentido al dolor. Fuera de la luz que viene de Jesucristo, el sufrimiento nos aplasta, nos hace quejarnos de Dios, alejarnos de El. La pregunta es: ¿por qué el dolor?. Hemos llegado así al punto central sobre el que me parece edifica su verdad más profunda. Pues Santa Genoveva es en esto Maestra de cómo el sufrimiento, recibido y vivido con amor, es un ingrediente que transforma la propia vida y la de los demás.

Habla Benedicto XVI

El Papa Benedicto XVI, en su Discurso a la Curia Romana del pasado 22 de diciembre, recordando al Papa Juan Pablo II, ha subrayado precisamente esta lección

que Juan Pablo II dio a toda la humanidad.. Recuerda cómo Juan Pablo II, después de recorrer todo el mundo, y hablar a todos los grupos de personas, y pronunciar miles de discursos que la Iglesia tardará en recoger y asimilar, nos dio una lección última sobre el tema del sufrimiento, cuando apareció como inválido en la enfermedad de los últimos meses y semanas de su vida. Lo recuerda el actual Papa en la ventana de su Palacio Apostólico dando la bendición con un ramo de olivo en las manos. Fue la más grande lección de cómo un hombre puede vivir el sufrimiento y vivirlo con amor.

Recuerda el Papa Benedicto XVI otras palabras de Juan Pablo II cuando se pregunta dónde está el límite del mal, ya que en todas partes va creciendo como un aluvión que nos invade y que nos puede asfixiar. ¿Dónde está el límite? ¿Dónde podremos poner un dique al mal que, como fruto del pecado, nos invade por todas partes?

Ese límite está en la Misericordia de Dios, que ha enviado a su Hijo sufriendo en su propio corazón las consecuencias de los pecados de todos los hombres. El límite está en ese Corazón de Jesucristo, corazón humano que es el corazón de la persona divina.

Por eso las Angélicas se llaman Hermanas del Sagrado Corazón .Pues en ese Corazón el sufrimiento se ha convertido en nuestro remedio. Como dice uno de los Prefacios de la Misa: «y de lo que era nuestra ruina, has hecho nuestro remedio»...

El Corazón de Cristo

La Misericordia de Dios se esconde en el Corazón de Jesucristo. Sólo ahí es donde hay que ir a buscarla. Allí es donde la encontraremos. La Misericordia de Dios es el dique que pone límite al mal.

Más aún, ese sufrimiento, asumido con amor, es el que hace grande a una persona. Lección que nos da Santa Genoveva a los cincuenta años de su muerte. Lección que no pasará nunca de moda.

Dice Juan Pablo II: el sufrimiento de Dios crucificado no es sólo una forma de cruz entre otras. Cristo, padeciendo por nosotros, ha dado al sufrimiento un nuevo sentido. Lo ha introducido en una nueva dimensión, en otro orden, en el orden del amor. Es el sufrimiento que destruye el mal con el fuego del amor.

Todo sufrimiento humano, todo dolor, toda enfermedad, encierra en sí una promesa de liberación. El mal existe en el mundo para despertar en nosotros el amor, que es la entrega de sí mismo al servicio de los que se ven afectados por el sufrimiento. Cristo es el Redentor del mundo. Nuestro castigo saludable vino sobre Él. Sus cicatrices nos curaron.

Tal es pensamiento de Juan Pablo II. Y continúa Benedicto XVI: todo ello, además de una teología, es la expresión de una fe vivida y sazónada en el sufrimiento.

Es verdad que tenemos que aliviar el sufrimiento de los demás e impedir la injusticia que provoca ese sufrimiento. Pero también hemos de hacer todo lo posible para que los hombres descubran el sentido del sufrimiento, de modo que puedan aceptar el sufrimiento propio y unirlo al sufrimiento de Cristo. De esta manera, nuestro sufrimiento se funda con el amor redentor y se transforma en fuerza contra el mal del mundo.

La respuesta que en todo el mundo suscitó la muerte del Papa fue una manifestación sobrecohedora de gratitud por el hecho de que, en muerte, se ofreciera totalmente a Dios por el mundo.

Testigos del amor que transforma

Para el mundo contemporáneo es urgente que haya testigos del amor que transforma porque el mal está presente en el mundo, incluso está presente en nuestros corazones. Brota como la mala hierba sin que siquiera la alimentemos. Pues ese mal, que está dentro de nosotros o que está presente en el mundo, será limitado cuando haya personas que, como Santa Genoveva, sean capaces de acoger el sufrimiento uniéndolo al del Corazón de Jesús. Almas que se ofrecen al Padre por la Redención de todos nosotros. Y de esta manera el sufrimiento que viene del pecado se convierte no en una desgracia, sino en una oportunidad de amor, en un elemento redentor.

La religión cristiana no es una religión dolorista que nos invita a sufrir porque sí. Es la única que ilumina este Misterio de tan profunda manera que suscita generosidades como las que podemos contemplar en Santa Genoveva. Una mujer que, desde niña y a lo largo de toda su vida, inválida, se siente limitada humanamente, físicamente, pero llega a ser testigo de un amor que transforma. Porque una mujer como ella podría haber dicho: ¿Y dónde voy yo? ¿y qué voy a hacer yo?. Si soy una pobre mujer inválida ¿cómo me voy a meter en líos de hacer o deshacer, a organizar...? ¡Si yo no puedo...si yo no sé!

Esa humildad le acompañó durante toda su vida. Pero la capacidad de acoger el sufrimiento, y de vivirlo con amor, la fue transformando totalmente y la hizo instrumento capaz valiosísimo para llevar adelante una Obra tan grande como fue atender a las personas solas, para las que fundó la Congregación de Religiosas Angélicas. Desde una experiencia personal suya es de donde brota este deseo de acompañar y santificar la soledad de tantas personas que, a lo largo de la vida, se han encontrado con su compañía, su consuelo, su ternura, con la familia que ha fundado como un carisma al servicio de la Iglesia.

Me parece que es llamativa especialmente la vida de esta mujer por esa capacidad de transformar las circunstancias adversas de su vida, su sufrimiento, en ocasión de gracia y en estímulo para hacer el bien. En este sentido es maestra para todos nosotros, que estamos limitados como ella: cada uno tiene sus propias limitaciones, que las experimentamos en la propia vida; en lo físico cuando viene la erosión de la naturaleza, en nivel psicológico y moral. Y cuando uno experimenta sus propias limitaciones, suele venir el desánimo. Entonces Santa Genoveva nos dice: No temáis...Las limitaciones, a cualquiera de los niveles, pueden convertirse en ocasiones de gracia, en estímulos para hacer el bien, en elemento transformador de nuestra vida, y esto es una gran noticia.

El precio de la felicidad

En estos días todo el Occidente vive el frenesí de comprar la felicidad al precio que sea. Y cuanto más se compra menos se posee. De ahí viene la actitud de pobreza de Santa Genoveva. Ella vivió desde niña acogida a la caridad de los demás. Eso la llevó a ser solidaria y cercana a las personas pobres, o a las personas solas.

Nosotros, en cambio, vivimos contagiados del frenesí de comprar la felicidad al precio que sea. La pena es que, después de gastar el dinero, no se es feliz. El punto clave de la felicidad está en el testimonio de los Santos que, como Santa Genoveva, nos enseñan pobreza, desprendimiento, generosidad. Así es como la Santa fue capaz de poner en marcha su Obra, que ha conmovido tantos corazones y los ha movido a acompañar a las personas solas siendo «Ángeles de Soledad».

Santa Genoveva no se limitó a ser compañía en la soledad, sino que llevó a las almas a Jesucristo, sobre todo con la práctica de la Adoración Eucarística, que está presente en la Congregación de las Angélicas desde los inicios de su Fundación.

Quiero, por último, hablar de la transformación que se produce en el calor de la relación con Jesucristo en la Eucaristía, en el trato con el Corazón de Jesucristo.

El Corazón de Cristo

No tengáis miedo de tratar de corazón a corazón con Jesucristo. Para eso se ha hecho hombre, ha tomado un corazón humano como el nuestro, sensible a la alegría y a la tristeza, al amor, a la ternura. Semejante a nosotros en todo, menos en el pecado.

Santa Genoveva, al calor de ese Corazón, entendió su vida como una donación. No creamos que esto fuese solo la expresión de una época de la que hoy se pueda prescindir. No. Estamos tocando lo más nuclear del cristianismo: Es el Hijo de Dios que se ha hecho hombre con un corazón humano y que, por eso, se compadece de todos nosotros. Así, al acercarnos a El y poner nuestra cabeza sobre el costado de Cristo, como Juan en la última Cena, podremos entender el sentido de nuestro sufrimiento, el valor de nuestra vida y, de esta manera, convertirnos en instrumentos de ese amor de Dios para los demás, convertidos en testigos de un amor que transforma.

Esa es la perspectiva en que Genoveva es adelantada a su tiempo. Es decir, ha vivido con adelanto los problemas que hoy estamos viviendo.

Santa Genoveva puso en marcha un servicio lleno de amor, su Congregación Religiosa, saliendo al paso de necesidades que hoy vemos urgentísimas, como la atención a las personas solas. Un acompañamiento que es ser «Ángeles de la Soledad» para dar sentido de felicidad a la vida.

La Iglesia hoy nos pide a todos que seamos testigos de la caridad para transformar el mundo, poniendo nuestra imaginación al ser vicio de los que viven solos, como lo hizo Santa Genoveva. ¿A quién, sino a ella, se le pudo ocurrir irse a vivir con dos pobres mujeres, y después juntar a otras, para servirles y atenderles, de modo que se sintiesen queridas? No se le ocurre a nadie, porque es un negocio que no tiene futuro. Sólo se le ocurre al corazón que ama y que se siente amado por el Corazón de Cristo.

Las nuevas pobreza

Santa Genoveva vivió en una época en la que aparecían nuevas pobreza y no sólo el hambre es pobreza, sino esas otras de las que gustaba mucho hablar a Juan Pablo II. Santa Genoveva es un caso típico de este adelantarse a su tiempo y poner en marcha un servicio de amor que, en el siglo XXI, en el que nos encontramos, se ha agrandado de tal manera que no está resuelto ni parece se pueda resolver fácilmente.

El Papa Juan Pablo II, en la «Novo Millenio ineunte», cuando habla de la caridad nos dice que la verdad sólo se hace carne cuando se convierte en caridad. Y ahí es donde la Iglesia –dice el Papa– verifica su fidelidad a Cristo, su Esposo. O dicho de otra manera: «Obras son amores, y no buenas razones...»

La Iglesia se juega hoy su credibilidad en esto. Somos depositarios de un tesoro precioso: la Buena Noticia, es decir, que el Hijo de Dios se ha hecho hombre. Somos depositarios de una herencia preciosa: veinte siglos de amor. No es una frase poética. Vayamos a la Historia y veamos como el amor de Jesucristo ha ido transformando el corazón de los apóstoles, el corazón de los Mártires, el corazón de tantos hombres y mujeres de todas las profesiones y circunstancias de la vida. Ese amor, esa historia de amor a lo largo de dos mil años, no hay institución que le pueda presentar, por mucho que hoy intenten denigrar y desprestigiar a la Iglesia, por mucho que se intente marginarla, sacarle sus trapos sucios para que todo el mundo la desprecie.

Una historia de veinte siglos de amor y fidelidad que nadie puede negar, por muchos pecados que haya acumulados en esa historia ¡Ha sido más grande el amor de Dios, su misericordia y perdón! ¡Ha brillado mucho más el amor de tantos Santos!

¿Seremos capaces, hoy?

¿Seremos capaces hoy de dar una respuesta a las necesidades del mundo contemporáneo?

El Papa nos dice que hay que salir al paso de las nuevas pobreza... Ahí es donde veo a Santa Genoveva como un gran ejemplo y estímulo.

Santa Genoveva, en el cincuenta aniversario de su muerte, es para nosotros un gran estímulo. Ocasión de imitarla para que, mirando a ella, descubramos que en medio de nuestras limitaciones y pobreza, si nuestro corazón está transformado por el amor de Dios Misericordioso, seamos capaces de salir al paso del mal que hay en el mundo para vencerlo.

Así lo hizo Santa Genoveva. Así lo sigue realizando su Congregación de Religiosas Angélicas. Así debemos hacerlo todos nosotros.

¡Gracias!

Monseñor Demetrio Fernández, Obispo de Tarazona
Zaragoza, 3 de enero de 2006